

Blanco sacrificio

Hace diez años que murió mi abuelo, confeso madridista, imitador de Gento hasta cuando soñaba. No murió con un balón entre sus manos, como él hubiera querido: yo me encargué de enfundar su cuerpo en la bandera blanca del Madrid. Entristecí mucho aquel año: nuestro equipo, el mío, el del abuelo, se regodeaba en no pasar los míseros octavos de final de una Copa de Europa que añoraba al club que le había dado existencia. Por mi mente, como por la Castellana, se deslizaba el espectro de una temporada derrochada en el fuera de juego.

Hasta ese momento, mi desempeño en La Fábrica había sido glacial: entregado también a la desidia, a usanza del primer equipo. Mi posición de extremo derecho reconvertido a media punta generaba tantas dudas como las de Raúl retrasado ante la flagrante llegada del primer Ronaldo. Recuerdo que la semana anterior a la muerte del abuelo, unos ojeadores andaluces se habían interesado en mis florituras pegadas a la línea de cal: querían traspasarme al Betis, o al Sevilla, no recuerdo bien. El futuro balompédico se adivinaba tan oscuro que a punto estuve de rogarle a mi padre para que aceptara las ofertas, para despedirme del Real Madrid, club de mis amores, emblema de toda mi familia. Entonces supimos lo del abuelo. Lo encontramos tumbado, agonizante, con la radio prendida: una voz cortada entonaba un gol de Zidane que se había colado por el poste bajo. Me encaramé sobre él, con espanto. Si mi memoria no me falla, aún vestía yo el uniforme púrpura de entrenamiento que por la mañana había estado usando. Lo que no puedo olvidar es la conversación aquella: más propia de la arenga de un míster que de alguien en su lecho de muerte; leal al Madrid hasta en sus últimos minutos, el abuelo se ciñó al valor eterno de las remontadas.

–Alfredo– me alcanzó a decir el abuelo, apenas levemente.

–¿Qué pasa, abuelo?– sollocé en su oído.

–Alfredo, ya me voy a morir, pero no quiero irme sin aclararte una cosa fundamental...

–¿Qué cosa?

–Por lo que más quieras, no abandones el Madrid. Sigue creciendo en la cantera, gánate un puesto... pero no te vayas a ir...

–Abuelo, no es momento para discutir eso: tú sabes que nunca he sido el Di Stéfano con el que soñaste...

–No seas tonto, Alfredo: eso no importa. ¿Qué no entiendes lo que significa ése escudo?– la mano temblorosa se aferró de mi chándal.

–Significa victoria, ¿no es así?

–¡No sólo significa victoria, tonto! El Madrid es sacrificio. Es pasión, es sacrificio: y eso, eso es lo que te falta.

–Abuelo, nunca dejaré de animar al Madrid, no te preocupes por eso... por ti, hasta puedo conseguirme una butaca en el Fondo Sur...

–¡Silencio! Tú serás futbolista *nuestro*. Si quieres, no lo hagas por ti: hazlo por mí. Por mí, yo que vi jugar a Di Stéfano, yo que los vi levantar las seis Copas de Europa, yo que los vi hacer temblar a todo un continente, mientras Eusebio no podía sino agradecer a Dios el haberle podido ganar a semejante coloso... aquellos tiempos, cuando Bernabéu inventó el fútbol moderno, cuando vociferábamos de pie, todos a una...

El abuelo ya no dijo nada más. Su voz se perdió, embelesada con las gestas del viejo Chamartín, hasta perder el hilo de la vida. Usé mi chándal del Real Madrid para tapar su pacífico rostro. La *M* del escudo refulgía en la oscuridad como una aparición sagrada.

No sé exactamente qué pasó, pero la noche que siguió al funeral, tuve un sueño que ligó, para siempre, mi existencia a los derroteros del Madrid. Soñé que levantaba la Orejona. Soñé que me codeaba con figuras de todas las épocas merengues: Juanito, tras una pared temeraria con Butragueño, intimidaba a los defensas rivales –infinitos defensas, colchoneros, culés, qué sé yo– mientras le ponía un pase envenenado a Puskás que, con ese donaire de culto depredador, en lugar de rematar a portería soltaba un taconcito: el balón hacía un extraño y, como impulsado por el coro de voces del Bernabéu, se levantaba para que Hugo Sánchez lo empujara con la circense chilena. En el justo momento en que la pelota rebasaba la línea de meta, rasgaba el aire un silbatazo que daba por terminada la final: yo corría, afiebrado, besando el escudo, gritando como un salvaje “¡hala Madrid!”, en sintonía con los batacazos del bombo de la tribuna, a recoger el esférico que nos había dado el triunfo en el último suspiro. El resto del sueño era una fiesta deslumbrante donde, de la nada, como quien acaba de nacer al mundo, todos nosotros, los once vikingos de la cancha, nos uncíamos como verdaderos héroes de una afición para la cual el fútbol no era un deporte más, sino la forma épica de concebir el universo. Soñé que Raúl, sempiterno

capitán, levantaba entre sus ligeras manos la Décima Copa de Europa; alguien, entre el tumulto, no sé si Pirri o Roberto Carlos, me pasaba la Orejona para que pudiera cargarla yo también, mientras le dábamos la vuelta olímpica al estadio. Hacia el final del sueño, cuando ya todo era un albo festín, entre calles engalanadas de banderas españolas y madridistas, llegábamos a Cibeles. Veía, cuando mis ojos casi iban a abrirse, cómo Raúl arropaba la garganta de la diosa con una de nuestras bufandas, gritando a la insomne noche de Madrid “¡que hemos ganado la Décima, que la hemos ganado!”.

Desperté jubiloso, empapado en sudor, como si hubiera jugado el partido de mi vida. Primero quise rememorar la tristeza de las semanas pasadas: no pude... en cambio, los exaltados pulsos de mi corazón delataban que la tristeza había desaparecido. Me anegaron, como la estrategia para botar el córner perfecto, las exigencias del abuelo en su lecho de muerte; también recordé otra cosa que cuando niño me había dicho y que ahora, apenas, descifraba su significado: “los conquistadores siempre serán los conquistadores: un gigante como el Madrid no puede estar eternamente dormido; más bien, lo natural en el Madrid es levantarse y luchar, luchar hasta el final, sin conocer la palabra *rendición*”. Y eso fue lo que hice. Me levanté de la cama, me vestí rápidamente y tomé el autobús rumbo a Valdebebas. Nunca había llegado tan temprano a entrenar: ninguno de mis compañeros andaba por allí, ni siquiera los entrenadores. No me importó: me ejercité en el gimnasio desde primera hora, corrí en una de las pistas hasta que la gente fue llegando. Al verme, el entrenador me dedicó una sonrisa cómplice, de esas que confirman que haces bien tu trabajo. Fui el joven más feliz aquella fría mañana en la Ciudad Deportiva del Real Madrid. No sólo estaba feliz: la semilla de la dedicación, de la entrega a toda costa, germinaba adentro de mí, por abajo del escudo, como una segunda corona zurcida con sudor y sangre. Casualidad o no, un mes después de aquello fui ascendido de categoría antes de cumplir la mayoría de edad. Ni cabe decir que rechacé todas las suculentas propuestas que las canteras de otros clubes me hicieron: al amor de tu vida nada puede reemplazarlo. Yo era del Madrid hasta la muerte.

“Estás alineado como titular en el próximo duelo del Castilla”, dijo alguien, y una oleada de blanquísimo goce me inundó. Por fin iba a defender profesionalmente los colores del equipo al que debía las glorias más dulcificantes de mi vida. Rápidamente me gané la titularidad en el filial del primer equipo; si algún chaval me preguntase cuál es la clave para

que un canterano “tire la puerta”, le diría que no es otra cosa más que el esfuerzo, el sacrificio. Del sacrificio nace el amor por la zamarra blanca; después la calidad llega, bañándote como una parábola imposible de Figo, casi sin darte cuenta. La otra cosa que todo jugador del Madrid debe tener es humildad: nunca esmerarse en complacer a la prensa, que luego te decapitará como a un ídolo caído; nunca descalificar al contrario que, en secreto, guarda fascinación por tus triunfos.

Al cabo de unos años yo era totalmente feliz: análogo a la escuadra que campeonó con cien puntos en Liga, mi evolución futbolística crecía con el mismo solemne vértigo que produce el minuto siete en Chamartín. Por todo ello, por toda esa alegría desmesurada, repartida entre las sesiones en Valdebebas y los desplazamientos por las ciudades españolas, no me percaté de que comenzaba a ser oteado por el primer equipo. Hará algo más de un año que recibí la llamada increíble: “Alfredo, te acaban de incluir en la lista del primer equipo. Vas a ir con el resto del plantel a la jornada copera en Pamplona. Si todo va bien, quizá te hagan debutar en el segundo tiempo”. Un incendio de emociones colmó mi ser: la entrega física, moral, se ofrendaba en el ritual vikingo a cambio de un humo blanco a lo lejos. Supe qué significaba ser madridista: el orgullo se hincaba en mis arterias.

Comencé estas líneas diciendo que hace diez años murió mi abuelo, madridista de cepa como el que más. Inicié de esa manera porque esta noche, la más importante de mi vida, no debo olvidar mis orígenes: mañana, al atardecer, tras dos años formando parte del primer equipo, jugaremos la final de la presente edición de la Liga de Campeones contra el Bayern Múnich. Escribo estas páginas desde el ordenador de mi cuarto de hotel, en la concentración madridista de Lisboa. Afuera se levantan los gritos animosos de miles de aficionados que han viajado desde España (y desde los más insólitos rincones del mundo) para apoyarnos, como un mismo esperanzado vozarrón, en el partido de mañana. Y es aquí, bajo las luces extrañas de esta ciudad que no hubiera conocido nunca de no haber sido por el club de mis amores, que comprendo, cabalmente, todas y cada una de las palabras que el abuelo me dirigió hace años antes de morir: el Madrid es sacrificio; el Madrid lo es todo. Estoy dispuesto a darlo todo mañana, sea lo que sea que el técnico italiano me tenga reservado: sea en la banca, sea como medio creativo o extremo a pierna cambiada, no importa... hasta de portero jugaría con tal de dejarme la piel por el equipo. Por la afición.

Por el universo madridista que ansía como ninguno más la gloria. En estos valores son en los que me he forjado, los mismos que, cuando llegue el día, inculcaré a mis hijos: hay que sacrificarse por el Madrid; para hacerlo, primero hay que estar enamorado. Eso es lo que haré mañana: como si de mi musa se tratase, abrazaré la camiseta blanca antes de saltar al verde para sentir que no estamos solos, que esos once jugadores somos once mil millones de personas que concebimos el futuro bajo la estela del madridismo...

Creo que he escrito todo lo que tenía que decir: mi mente está en paz para concentrarme en el partido de mañana. Mi compañero de cuarto debe de estar ya por llegar: a Cristiano Ronaldo nunca le ha gustado desvelarse; las últimas enseñanzas las he aprendido de él: no sólo es el mejor jugador de fútbol del planeta, también es un líder nato: vigila sus armas –su cuerpo, su espíritu– como un caballero cruzado antes de entrar en batalla; en su trabajada corpulencia, en su mirada asesina, descansan, oblicuamente, los pilares del compromiso con los que un día soñaron mi abuelo y don Santiago... en pocas palabras, se ha vuelto mi mejor amigo. Sé que mañana nos guiará rumbo a un destino digno de nuestra historia.

Nunca he sido bueno para los presagios: como mi abuelo, soy mejor soñando. Espero esta noche tener un sueño reparador que me fortalezca para la final inminente. Quiero soñar con el Estadio de la Luz inflamado de banderolas claras, enceguecedoras como la nieve; con los cánticos traídos en volandas desde la Castellana para el día definitivo; quiero soñar con nosotros saltando al terreno de juego, con el himno de la Champions al fondo; soñar con los embravecidos compases iniciales del partido, con las embestidas bávaras, con los paradones de Casillas; quiero soñar con la angustia a flor de piel, con la sed de triunfo en la boca partida; quiero ver nuestros uniformes sucios, enfangados: que nadie se guarde nada; quiero oír el centro teledirigido de Xabi Alonso a mis pies; me veo recortando al lateral izquierdo, centrando desde la banda con el corazón en un puño... y, por fin, como un punto y aparte sobre la historia, a Cristiano Ronaldo rematando el balón, con la furia de todo un contingente regio que llega a nuestro rescate con el amanecer... el gol nos colmará, el cántico del gol nos unirá. Seremos de nuevo héroes, todos, todos los madridistas del mundo. No importa si ganamos o no la Décima: que no quede duda de nuestro sacrificio... seremos de nuevo héroes. Seremos el Real Madrid.